

Apuntes de Psicología
2014, Vol. 32, número 2, págs. 191-192.
ISSN 0213-3334

Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental,
Universidad de Cádiz, Universidad de Córdoba,
Universidad de Huelva, Universidad de Sevilla

Miradas

Sección dedicada a proyectar el conocimiento psicológico hacia la experiencia circundante

La infancia de Miracle Cómo la pobreza, la inmigración y el racismo han hecho mella en un niño de cinco años

M^a Carmen Moreno Rodríguez
Universidad de Sevilla

Al dejarlos con su padre se quedan mirando con esos ojos, tan expresivos, como diciendo tantas cosas, que es imposible quitárselos de la cabeza. Me he sentido mal porque al padre le han dicho que querían volverse conmigo. Sé, sabemos los dos, que no es una cuestión de sentimientos; sólo quieren decir que durante el rato que han estado conmigo han comido. No que hayan comido a las horas de sentarse a la mesa, sino que podían hacerlo cuando y cuanto quisieran, porque en la despensa o el frigorífico siempre había algo -unas galletas, unas natillas- que llevarse a la boca.

En el supermercado hubo que meterlos dentro del carrito porque querían llevarse todo y no paraban de corretear por los pasillos; aún así, desde el carrito intentaban echar mano a cualquier cosa a su alcance. Luego querían comérselo todo de golpe y para convencerles de que se lo llevarían a casa pusimos la bolsa de la compra en lugar bien visible al lado de la puerta; desde ese momento el mayor, Miracle, ha estado muy pendiente de que su hermana no tocara el contenido de esa bolsa, como si se tratara de un tesoro.

Este asunto de la comida me ha hecho recordar que, cuando preguntaba a su padre, en el semáforo donde se gana la vida vendiendo pañuelos de 7 de la mañana a 7 de la tarde, por cómo les iba a los niños en el colegio, siempre me decía que estaban encantados, que hasta los fines de semana querían ir. Y añadía, como imitándolos, “¡Comedor, comedor!”. Mientras lo oía, no podía evitar recordar que mis hijos pedían por favor, año tras año, que los “desapuntara” del comedor.

Hay tantas cosas nuevas para Miracle y su hermana en cualquier habitación, tantas cosas que mirar y tocar, que es imposible contener su reacción. En una situación así Miracle presenta evidentes problemas de control inhibitorio. En el colegio tiene un riesgo alto de acabar diagnosticado como hiperactivo. Si lo evalúan, ojalá estudien con cuidado su caso, tomando en consideración el conjunto de sus circunstancias personales y familiares.

Si llamativo es el impacto que tiene sobre niños tan chiquitos la falta de comida y la escasez en general (en definitiva, la pobreza), más aún llama la atención la experiencia que tienen asociada al color de su piel. Aunque son niños muy sociables, otros niños reaccionaban ante ellos con temor. Y adultos que seguramente no se perciben a sí mismos como racistas les dirigen miradas de asco y desprecio. Gestos sutiles (o no tanto) de unos y otros que expresan desagrado y rechazo y que hacen daño.

Con cinco años Miracle ya ha interiorizado tan claramente los mensajes de racismo cotidiano que preguntó con curiosidad y sin malicia si el bebé, su nuevo hermanito que acaba de nacer, va a ser blanco. Igual que no duda en decir que no quiere ser negro, que no le gustan los negros, que en el cole le llaman “negro” cuando se enfadan con él y que muchos niños no le quieren porque es negro. ¡Con cinco años!

A la pobreza y a ser -y sentirse-, a su pesar- negro, se une su condición de inmigrante y, además, hasta hace unos meses, inmigrante ilegal. Cuando por fin consiguieron “los papeles”, el padre iba enseñando a todos los que nos

paramos unos segundos a hablar con él en el semáforo, emocionadísimo, los DNI españoles de los niños. La esperanza de que sus hijos no tendrán que pasar por la experiencia por la que pasaron sus padres. La madre de Miracle tardó siete años en llegar a España desde Nigeria, cruzando el Estrecho en un viaje de 14 horas en patera. El padre le siguió unos años después, también en patera, en una travesía de más de 20 horas, tan terrorífica que no quiere volver a ver el mar. Después de pasar por eso, no sorprende que a su primogénito le pusieran Miracle (milagro).

Antes de tener los papeles apenas salían de casa. La madre tenía al niño de tres, de cuatro años, sin salir. La madre decía que Miracle se portaba muy mal cuando salía a la calle (lógico, sin oportunidades para aprender a relacionarse con otros niños ni a ajustar su conducta en entornos sociales) y que temía que otros padres los denunciaran y acabaran deportándolos. Esta experiencia familiar también ha dejado huella en el niño: su reacción cuando se le regaña o percibe enfado en los adultos es preguntar asustado si vendrá la policía a llevárselo, si podrá volver a casa.

En comparación, la hermana de Miracle es una niña muy fácil, demasiado pequeña todavía para mostrar daño por las experiencias de pobreza, racismo e inmigración. Con suerte le podrá ir bien en la vida. Miracle, sin embargo, lleva ya una buena dosis de sufrimiento encima como consecuencia de verse expuesto a constantes reprimendas y al rechazo abierto -“puto negro” ha llegado a oír-, sin tener oportunidades reales de aprender a portarse como los demás esperan y desean. Como resultado, necesita constante supervisión para evitar que con su descontrolada actividad se dañe o haga daño a otros o los bienes y enseres. Es claro que necesita y está por ver si los dispositivos de atención psicopedagógica del sistema educativo serán capaces de ofrecérsela.

Las reacciones de Miracle me han recordado muchas cosas que explicamos en clase, como lo relacionado con los “modelos internos de apego”. Contamos que los niños y niñas que han sido maltratados, cuando son adoptados (habitualmente por familias que están deseando darles lo mejor), van mejorando, sí, en el sentido de que los indicadores de “seguridad” en el apego mejoran, pero los de inseguridad tardan en irse y eso explica que, a menudo, “pongan a prueba” a los padres y madres, sacándoles de quicio “con el propósito” (nada intencional, por supuesto, de ahí las comillas) de confirmar los modelos internos de inseguridad que aún conservan (es decir, el niño o la niña hace cosas -se porta mal- esperando que el padre o la madre le acabe pegando o tratando mal, como ya le ha ocurrido tantas veces en el pasado y tiene bien interiorizado; es una expectativa que tratan de confirmar al principio constantemente y, a medida que las heridas emocionales cicatrizan, cada vez menos). En cualquier caso, como sabemos, ya sea a través de los modelos internos de apego o a partir de otras experiencias sociales que vamos teniendo en diferentes contextos, lo cierto es que vamos construyendo una idea de nosotros mismos que se va llenando de contenido y que contribuye notablemente a que nuestra conducta, a menudo de manera no consciente, sea consecuente con ella, como una expectativa más que se autorrealiza. En el caso de los niños “difíciles”, empiezan siéndolo en el hogar y eso incrementa la probabilidad de que lo sean también en la escuela y con los iguales. En todos esos contextos reciben mensajes reprobatorios a los que reaccionan no precisamente de la manera en la que los adultos esperamos que, en pura lógica, actúen, sino que están atrapados en un bucle del que les es muy difícil salir porque no entienden nada, o muy poco, de lo que les pasa. A Miracle le pasa eso y lo demás. No tiene una vida fácil.